**Teresa de Jesús, mujer de nuestro tiempo**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

*Carta a la madre Ana de Jesús, desde el cielo, á 30 de enero de 2020.*

*Sobre su paso por la tierra camino del Señor.*

Reverenda madre Ana de Jesús: como sé desde aquí, donde contemplo permanentemente la faz de Dios, que en el convento de Beas de Segura tienes a bien guardar mis cartas, te envío esta para que quede constancia de mis desvelos por los conventos de las Andalucías y de algunas cuitas de mi paso por la tierra.

Beas de Segura, Sevilla, y Granada y Málaga han sido fundaciones que me han dado luz y me han quitado vida. Veinte años intensos que me han permitido conocer a poderosos y pedirles favores, acercarme a las familias que querían consagrar sus hijas a Dios y ofrecerles un retiro del mundo y una paz reveladora. Veo desde aquí a mis nueve hermanas descalzas del convento de Capitanía de Granada, algunas mayores, algunas delicadas, pero todas dedicadas al cultivo de sus almas y a emocionar a cuantas personas se acercan a la iglesia conventual.

La visión que me da aquí el Señor me llena de absoluta felicidad. ¡Qué ganas tengo de ver por aquí algún día a Concha Velasco! Para darle dos achuchones por el bien que hizo a mis hermanas carmelitas de España. Me cuentan algunos de aquí que da alma a su papel de tal forma, que se tiene la impresión de que se está viendo a la protagonista en persona en una recreación actual. Me lo dicen dos amigos de aquí, Alborg y Hatzfeld, muy entendidos y distraídos ellos con mis escarceos literarias. Que una sin la ayuda de Dios y el menester de mis frailes no escribiría lo que he escrito, vive Dios, pero estos amigos me hablan de la cumbre mística de la literatura española, y como castellana me enorgullece. Pues me dicen estos amigos que Concha, a pesar de su afán comediante, llegó a vivir mis desvelos, mis flaquezas e, incluso, mis desvanecimientos. Háceme dolor inmenso y me da cierto repullo recordar las angustias de mi corazón y los delirios de oración. Que perdía el ánimo y veía un ángel con un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Así ha quedado mi corazón sajado, como todos los de abajo ven en Alba de Tormes.

Aquí estoy libre de las torturas terrenales. De los dimes y diretes de algunos sabios y doctos. Que si yo era animista. No sé muy bien qué cosa sea el animismo; si es cultivo del ánima, plega a Dios que sí; si es descuido de dotrina, humíllome ante Dios que no lo busqué ni lo quise. Me acusaban de escribir cosas subidas, pero yo obraba por orden de mis confesores. Dígalo fray Tomás Álvarez, que anda por allí. Ya veo ahora que la Santa Madre Iglesia vela por la dotrina que han de mamar los fieles seguidores de Cristo, veo ahora el peligro de escribir, pero yo deseaba solamente hacer ver lo que yo veía. Se me clavaba la idea de «véante mis ojos, vean ellos luego». Lo mismo me confiesan creer otros de aquí, como Juan de la Cruz, Malón de Chaide y el agustino fray Luis, escritor de mi vida,

Otros dicen que yo era espiritista. ¡Válgame el cielo! En la entrega a Dios hay espiritualidad, hay animosidad, hay fuerzas interiores lejos de lo que dicen de placeres de la carne, de alucinaciones. Entrego mi voluntad a Dios, me descalzo ante Él. Él es el que me manda. Si alguien lo duda, preguntádselo a las nueve carmelitas de Granada. Ellas son mis portavocías delegadas. Ved su vida de entrega, ved su vida de oración, ved si piensan en los demás, desasidas todo de sí mismas. Son testimonios míos y traslados de mi alma terrenal cuando bregaba por difundir en el mundo el mensaje de Nuestro Señor. Lo demás es turbación insana, porque yo creo que para ser plenamente feliz solo Dios basta. Mi única dotrina es enseñar la comunicación directa del alma con Dios.

Dicen que soy enérgica, tenaz y fuerte de carácter, pero son puras apariencias. Será el Señor el que me refigura. Yo me siento enfermiza, angustiada y con mala salud. Dios sabe de mis males y flaquezas.

En el siglo ya veo que soy dilecta. Desde aquí veo la iglesia de santa María de la Victoria en Roma, donde Bernini me hizo la estatua del éxtasis. ¡Qué pudor me da lo que hacen algunos por mí! ¡Vive Dios que no lo merezco! Sin la ayuda del Altísimo qué sería de nuestras pobres criaturas.

Que la Iglesia me crea dotora. ¿Doctora de qué? ¿En Teología? Si hay frailes más doctos y entendidos que yo mil veces. Yo no sé cánones. En fin, Dios lo entienda y la Santa Madre Iglesia lo componga. Lo que sí agradezco a Dios es el favor de fundar el Carmelo descalzo. Y si Él quiere que esté en la Basílica de San Pedro junto a Ignacio de Loyola, Vicente de Paul, Pedro de Alcántara, loado sea Dios.

Indina sierva de Vuestra Reverenda madre, Teresa de Jesús, *carmelita.*